

Mientras la crisis económica exacerba las tensiones entre los Estados y acelera la carrera hacia el rearme, en este Primero de Mayo de 2021, marcado por la pestilencia y los vientos de miseria y de guerra, el proletariado internacional, unido por encima de todas las fronteras, lanza de nuevo su desafío al moribundo mundo burgues: ¡ COMUNISMO !

La guerra en el comercio de vacunas que se ha desatado entre los Estados les impide afrontar la crisis sanitaria. Esto también demuestra que el régimen del Capital, basado en la explotación del trabajo asalariado y la ganancia, es el de una sociedad moribunda y ahora incapaz de saber y hacer.

La pandemia, que en una sociedad ya no más mercantil habría unido los esfuerzos de la ciencia y de la técnica en torno al objetivo común de su contención, por el contrario es un nuevo motivo de antagonismos y enfrentamientos entre las burguesías nacionales, por encima de frentes y alianzas. Cada Estado no ha dudado en sacrificar a sus propios trabajadores para defender la “economía nacional”, que significa sólo el Capital nacional, en un intento de aprovecharla para imponerse a sus competidores. Las vacunas, que deberían estar a la libre disposición de la humanidad, se convierten en un arma de guerra, de la burguesía rica contra las clases pobres de los países menos industrializados, o en un instrumento de presión diplomática o militar.

La crisis económica de sobreproducción de mercancías, exacerbada por la pandemia, está provocando en todas partes el crecimiento del desempleo. En esta situación, la clase obrera ve que en todas partes sus condiciones empeoran. En todos los países se ha acelerado la ruina de la pequeña y mediana burguesía, la mayor parte de sus actividades comerciales y de pequeña producción están cerradas, mientras las ganancias y rentas del gran capital continúan creciendo.

Los salarios inferiores al monto necesario, la jornada de trabajo tan prolongada que no deja espacio para ninguna otra actividad humana, los ritmos cada vez más frenéticos, el desempleo, la precariedad e inseguridad permanente, la doble explotación de la mujer proletaria, estas son las armas de chantaje contra la clase obrera, impuestas por el privilegio económico de una burguesía inepta y condenada por la historia.

Frente a este ataque a escala internacional por parte del régimen burgués, igualmente compacta debe ser la respuesta de la clase obrera.

Ya se han registrado intentos dispersos de verdadera lucha de clases en todo el planeta. Se manifiestan en algunas categorías, muchas veces las más oprimidas, y demuestran con su lucha que ya saben que son explotadas pero se rebelan contra el yugo del capital, aunque todavía no puedan unirse, para ponerse a la cabeza de la gran mayoría de los proletarios, a menudo sometidos todavía a las ilusiones del reformismo.

El régimen del Capital se hace cada vez más despótico y militarista, incluso en Estados que se proclaman democráticos. En todas partes se fortalecen las leyes contra las huelgas y contra las organizaciones sindicales clasistas y se están gestando movimientos populistas, racistas, nacionalistas y del extremismo religioso, todos prestos a apoyar al aparato represivo del Estado contra cualquier intento de rebelión proletaria.

Pero el proletariado no tiene nada que esperar, ni mucho menos, de la defensa de la democracia burguesa, que es sólo una máscara de su implacable dictadura. La crisis económica, agravada por la pandemia, repercute en los presupuestos de los Estados, el producto de los impuestos se ha derrumbado mientras la deuda pública crece a causa de las intervenciones para acudir en ayuda de los capitalistas.

Si bien se deben hacer grandes esfuerzos para reforzar el sistema mundial de salud, para reducir drásticamente la loca sobreproducción de mercancías inútiles, para defender esos recursos naturales que permiten la reproducción armoniosa de especies animales y vegetales, se observa que en el régimen del Capital nada cambia, ni puede cambiar, en el destino de las fuerzas y en los recursos sociales. El crecimiento de los gastos militares se acelera, los grandes Estados adoptan actitudes agresivas para asegurarse el control de regiones y de puntos estratégicos, preparándose para una nueva guerra general. En 2020, el gasto militar mundial superó la enorme cifra de 1.800 millardos de dólares, unas unidades porcentuales más respecto al año anterior.

La crisis económica no se detendrá con el fin de la pandemia. Y golpeará con violencia a las clases trabajadoras y las clases medias. Pero también abrumará a sectores financieros, industriales y comerciales enteros. La tensión entre las principales economías y entre los imperialismos seguirá aumentando: Estados Unidos de América, China, Alemania, Japón, Gran Bretaña, Francia, Rusia...

En esta crucial situación el proletariado -clase siempre internacional, de hecho y en los destinos históricos- debe mirar atrás y redescubrir la gran fuerza de sus poderosas organizaciones económicas y políticas, aquellas que, hace siglo y medio, intentaron “El asalto al cielo” de la Comuna de París y hace un siglo hicieron temblar a todas las clases dominantes del mundo, logrando tomar el poder en Rusia y establecer allí su propia dictadura.

El primer Estado proletario fue destruido desde dentro por la traición estalinista; aún queda un largo camino por recorrer desde esa derrota, pero ese momento llegará. El proletariado rechazará entonces cualquier cierre nacionalista, cualquier solidaridad nacional con su propia burguesía. Rechazando la vía de la colaboración de clases a la que lo invitan los partidos socialdemócratas y los sindicatos colaboracionistas, reforzará, contra ellos, sus organizaciones, sus verdaderos sindicatos, necesarios para la defensa de sus condiciones cotidianas, y su partido, órgano indispensable para dirigir la lucha contra los Estados burgueses por la revolución comunista mundial.

Partido Comunista Internacional